ADELANTO EDITORIAL

Geoff Emerick empezó a trabajar en los estudios Abbey Road en 1962. Y participó en las grabaciones de Los Beatles; años después se iría a Apple con ellos y con McCartney y The Wings. Aquí cuenta cómo llegó con 16 años a los estudios, casi a la vez que el mítico grupo de Liverpool, y su debut en el oficio

AVANCE/ 'EL SONIDO DE LOS BEATLES' / EMERICK / URANO

# Abbey Road, 3

Ringo (atrás), George, Paul y John: el cuarteto de Liverpool que renovó la música pop. EFE

Aquella mañana, con la cara lavada, el pelo repeinado (y, esta vez, los zapatos cepillados), me dirigí a mi primer día de trabajo. Me faltaban tres meses para cumplir los dieciséis años.

De la mayor parte de aquel primer día tengo un recuerdo borroso. Me embargaba la emoción a medida que me presentaban a una serie de personajes, muchos de los cuales iban a desempeñar un papel clave en los siguientes seis años y medio de mi vida. Bob Beckett, que seguía dando chupadas a la pipa, me recibió en la zona de recepción y me llevó inmediatamente al piso de arriba para presentarme al imperioso Sr. E. H. Fowler, director del estudio, jefe supremo de las instalaciones de Abbey Road, y que únicamente rendía cuentas a los jefes sin rostro del cuartel general de Emi en Manchester Square, en el centro de Londres. Beckett me había puesto al cuidado del ingeniero auxiliar Richard Langham, y me ordenó que «me pegara a él como el pegamento» durante las dos semanas siguientes, observando y aprendiendo el oficio.

Richard me tranquilizó en el acto. Tenía sólo unos años más que yo y era una persona efervescente, simpática y divertida. Mientras me mostraba los diferentes estudios y salas de masterización, presentándome a todo el mundo, pude ver que caía bien y lo apreciaban mucho. [...]

Todo el mundo vestía de modo conservador, con traje y corbata, aunque algunas personas se paseaban vestidas con batas blancas de laboratorio (el personal de mantenimiento, como iba a saber pronto) o batas marrones (el personal de limpieza). Con todo aquello, combinado con el olor penetrante (una combinación de óxido de cinta y cera para el suelo) y los sonidos sordos de varios géneros musicales que emanaban del otro lado de las puertas cerradas, parecía casi como si estuviera en otro planeta.

Naturalmente, una de las primeras cosas de las que hablamos con Richard fue mi entrevista; le conté la historia de Beckett durmiendo detrás del libro y se desternilló de risa. Resultó que a casi todos los empleados les habían hecho las mismas preguntas absurdas. La teoría de Richard era que a Waite y a Beckett no les importaban las respuestas; sencillamente buscaban a un tipo determinado de persona, alguien que fuera limpio y ordenado, no demasiado extrovertido ni defensor acérrimo de sus ideas. Aquella era la «imagen» de Emi, y no iban a contratar a nadie que pudiera hundir el barco.

Por esa misma razón me sorprendió tanto escuchar un altisonante y barriobajero «¡Eh, Richard!» reverberando por el pasillo e interrumpiendo nuestra conversación. La voz pertenecía a otro de los ingenieros auxiliares (o «pulsadores de botones», como se nos conocía familiarmente), Chris Neal, un joven bromista y con la cara llena de acné al que habían contratado unos meses antes que a mí. Incluso para mis ojos poco adiestrados, Chris parecía ser exactamente lo contrario del «tipo» Emi: pese a lucir la obligatoria corbata, llevaba el cuello desabrochado, el pelo grasiento y, en vez de una americana propiamente dicha, una cazadora de cuero raída. Mientras se acercaba corriendo por el pasillo, gritando a todo pulmón, vi cómo un par de los empleados mayores lo criticaban y le lanzaban miradas maliciosas. Y es que los días de Chris estaban contados, y lo despidieron varios meses después de que yo empezara a participar en mis primeras sesiones. De hecho, en el estudio se rumoreaba que me habían contratado a mí precisamente porque la dirección quería echarlo... pero no estaban dispuestos a cortar cabezas hasta que tuvieran a otra persona adiestrada y lista para ocupar su lugar.

—Encantado de conocerte, Geoff —dijo de modo exuberante, dándome la mano con tanta fuerza que casi me retorcí de dolor— Así, ¿Richard te cuida bien? —Se volvió hacia Richard, que parecía ligeramente avergonzado.

—Sí, le estoy enseñando todo lo que necesita saber, incluyendo evitar a gente como tú —respondió Langham.

Chris se echó a reír; yo empezaba a ver que pinchar a los demás era un aspecto importante de la vida en el estudio.

—¿Vas a llevar a Geoff contigo a la sesión pop de mañana por la noche? -preguntó- Esos tipos de Liverpool son buenísimos. Vale la pena quedarse hasta tarde.

Richard no se comprometió con la respuesta; Beckett colgaba el plan de trabajo semanal en la sala de personal cada lunes por la mañana, pero aún no habíamos ido a verlo. Mientras recorríamos el pasillo para hacerlo, Richard me explicó que Chris era el autoproclamado «rebelde residente» de Emi.

Aunque en realidad no era más que un ingeniero auxiliar como nosotros, Chris se veía a sí mismo un poco como un cazatalentos, y pasaba noche tras noche en los clubes nocturnos de Londres, intentando mantenerse al día en el pulso de la música pop. Pero su más reciente fijación, me contó Richard, era por ese grupo que había venido de Liverpool para una prueba hacía varios meses.

Chris había sido el pulsador de botones en la sesión, como ayudante del ingeniero Norman Smith y el productor Ron Richards, que trabajaba para el jefe del sello Parlophone, George Martin. Al parecer, ni Norman ni Ron habían quedado especialmente impresionados, pero a Chris le había gustado tanto lo que estaba escuchando que por su cuenta y riesgo había corrido hasta la cantina para buscar a George Martin, que poco después los había fichado; por lo menos, ésa era la versión de Chris. Con sentido del humor, Richard me informó de que tanto Norman como Ron y el propio George habían proclamado más adelante haber sido ellos los que habían descubierto al nuevo grupo, que llevaba el extraño nombre de The Beatles.

—¿Beatles? —pregunté a Richard—. ¿Qué significa?

—No estoy seguro —respondió—. Tal vez «escarabajos», como The Crickets, «los grillos». —Buddy Holly y su grupo The Crickets habían sido grandes estrellas tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos en los años cincuenta, y yo era un gran fan suyo. Por desgracia, Holly había muerto en un trágico accidente de avión en 1959.

Por fin llegamos a la sala de descanso del personal y efectivamente Richard tenía asignado trabajar en la sesión vespertina con los Beatles al día siguiente, como ayudante de Norman Smith y George Martin. Nuestro horario normal de trabajo era de nueve de la mañana a cinco y media de la tarde, con una hora libre para comer. Los horarios básicos de las sesiones, me explicó Langham, eran de diez a una, de dos y media a cinco y media, y de siete a diez.

Si te programaban para una de las sesiones nocturnas te pagaban horas extras, por eso parecía tan contento de haber recibido el encargo, pese a que le obligaría a hacer una jornada de trece horas.

Nuestra siguiente parada fue el despacho de Beckett. La puerta estaba abierta, de modo que entramos sin llamar y despertamos así al adormecido Beckett.

—Siento interrumpirlo, Bob —dijo Richard con una sonrisa traviesa—, pero queríamos saber si Geoff podría acompañarme a la sesión de mañana por la noche.

Beckett se puso las gafas y repasó el registro, intentando despejarse. Aún medio confuso, se volvió hacia mí:

—Bien, Emerick, ¿cómo se las arregla usted?—Parecía una pregunta incongruente, teniendo en cuenta que yo apenas llevaba unas horas trabajando allí.

—Muy bien, señor —respondí, intentando contener la risa una vez más.

—Me alegro mucho, hijo. Bueno, ¿qué decías de la sesión de mañana?

Pasó las páginas al azar, totalmente despistado. Richard repitió la pregunta.

—La sesión de pop programada para los Beatles, señor, ese nuevo grupo de Liverpool que ha fichado George Martin. Mañana por la noche, Bob. Seguro que se acuerda.

Por fin Beckett recuperó la compostura y se aclaró la garganta. Parecía comprender al fin lo que le estábamos preguntando.

—Bueno, Emerick, yo diría que le conviene pasar el máximo de tiempo posible durante estas dos semanas junto al Sr. Langham, aunque comprenderá que no podremos pagarle las horas extras. —Esto último parecía más una afirmación que una pregunta, por lo que seguí mirándolo impertérrito—. Por lo tanto, usted decide, Sr. Emerick. Yo le aconsejaría que optara por asistir a la sesión, aunque sea sin cobrar.

Ansioso por causar buena impresión, tartamudeé: «Por... por supuesto, señor, haré lo que usted dice», sin pararme a pensar que, con menos de un día de empleo a mis espaldas, ya se estaban aprovechando de mí.

Y así fue como me encontré participando en la primera sesión de grabación de la historia de los Beatles.

LA FICHA

**El sonido de los Beatles.**
Geoff Emerick y Howard Massey.
Prólogo de Elvis Costello.
Urano
Madrid, 2011
416 páginas.

Beckett me había puesto al cuidado del ingeniero Richard Langham y me ordenó que «me pegara a él como el pegamento» durante las dos semanas siguientes

Su más reciente fijación, me contó Richard, era por ese grupo que había venido de Liverpool para una prueba hacía varios meses

...Ya se aprovechaban de mí. Y así fue como me encontré participando en la primera sesión de grabación de la historia de Los Beatles

Y mañana... 'La flecha en el aire' de Ismael Grasa